

Su aérea posición; ¡celestes encanto,
Que de inmortalidad respira el aural
Presta para ganar dulces despojos,
Y luego huir por las etéreas salas,
En sus pies y sus ojos
Lleva de Amor las flechas y las alas.

No abusos de ellas, no, mi ninfa, espera;
Ni así girando en círculo voluble
Esa imagen ligera
En un hermoso vértigo se nuble (1),
Como se turba el río cristalino
Al rededor del hoyo que le veda
Su curso, y se revuelve en remolino.
Nuestro amor la ofendió, si; pues ya queda
Fija su planta, y veo en su hermosura
La expresión del dolor y la ternura;
Como niña que en fiestas amorosas,
De su querido amante, incauta siente
Junto a sus frescas rosas,
En vez del labio el atrevido diente.

Ninfa gentil, serena los enojos.
Isbel..... ¡ay cielos! que en mi propio agravio
Huyó tu nombre de mi ardiente labio,
Como tu imagen de mis tristes ojos.
Tú, que a la esfera del amor te subes,
¡Brinco amoroso de las gracias bellas,
Como ellas ágil y fugaz como ellas!
¡Cómo te ofende nuestro justo incienso,
Tú, que has nacido para hollar las nubes
Que andan vagando por el cielo inmenso?
¡Cómo tú misma la pasión no halagas,
Si cual abeja variando flores,
De pecho en pecho revolante vagas,
Vertiendo gracias y cogiendo amores?

Divina Isbel, tu cuerpo con molición
En las auras parece se recuesta:
Tan frívola tu planta como presta,
Halaga la terrena superficie:
Fresca hermosura, juventud riente
Tus nobles actitudes hermozas:
Y tal es tu decoro, que ni el aire,
Cuando bailando tu ropaje ondea,
Audaz se ve que tu pudor desaire.
Sublime Isbel, ese país, que ha dado
A Vénus y a Diana honra divina,
Vénus, menos que tú dulce y graciosa,
Ménos casta Lucina,
Vuela, písale tú, serás su diosa.

Mas tú sigues risueña, y perfilando
El cuerpo celestial, libras su peso
Sólo en un pie, travieso
El otro al aire con los brazos dando (2).
Sólo tu rostro veo de soslayo,
Sólo de tus mejillas una rosa,
Y de tus vivos ojos sólo un rayo:
Todo me anuncia un atrevido vuelo;
Sí, linda Isbel; esa postura airosa,
Imagen de la paz y del consuelo,
No anuncia que te lances fugitiva
Del alto Jove a transportar la copa,
Sino a lograr la venturosa oliva,
Que está anhelando la infeliz Europa (3).
¡Quién goza, sino tú, el poder divino
De franquear la tierra, hender los vientos?
Pronto tus movimientos
Vuelo serán, los aires tu camino.
Tú, cual eres gentil, serás sensible;
Que nutrirse unos ojos tan fogosos
Con el hielo del alma es imposible:
Parte, y verás los hombres venturosos;
Vuela del Norte a los primeros climas;
Sube a los Alpes; sus nevadas cimas
Blanquean del candor de la inocencia;
De allí descubrirás el ara santa,

(1) Vueltas rápidas que acostumbra a bailarines, y no siendo aprobadas de las gentes de gusto, el poeta las atribuye a un enojo de la ninfa.

(2) Postrera actitud en que se muestra para desaparecer de la escena.

(3) En estos últimos versos y en los siguientes se representa el poeta a la bailarina como la ninfa ligera que debe llevar la oliva de la paz por todo el mundo.

Que ya tal vez levanta
A la paz la feliz beneficencia.
A tu mano, a tu frente de alabastro
Dará la paz su bienhechora oliva;
Tú partirás, Isbel, rauda y oliva,
Y de serenidad serás el astro.
Las artes, con los ojos aún no enjutos,
Alfombrarán de rosas tu carrera;
Tú ni sus hojas doblarás siquiera
Con tu rápido pie: valles y montes,
Que la guerra dejó yermos de frutos,
Transpondrás, y en los bajos horizontes
Alzará el arador la frente ansiosa,
Ennoblecida de sudor, y al verte
Tan bella y luminosa,
Presentará su venturosa suerte.

¡Cuántos tributos de ternura y gozo
Te ofrecerán en tu glorioso giro!
La viuda ausente su último sollozo,
El padre anciano su postrer suspiro.
Mas cuando atenta a serenar los mares
Por el cristal del agua atravesares,
Huye del agua tú, Náyade bella,
Huye del agua tú, sigue mi aviso;
Que si como un amor te ves en ella,
Tú serás en amor como Narciso.
Así lèves la paz al hemisferio,
Desde el Ibero hasta el Britano solum,
Del uno al otro imperio,
Y desde el Louvre al alto Capitolio.
Perdona, Isbel, perdona el extravío
De un entusiasmo que su bien presagia:
¡Qué puede producir la noble magia
De tu baile gentil, el señorío
De aquellas actitudes, do presiden
El amor, la belleza y la decencia,
Sino estas ilusiones de inocencia?
Y tú, divino origen de este encanto,
Terpsícore, perdona mi embeleso
Por una ninfa que proteges tanto;
No juzgues ¡ay! por eso, arte divina,
Que mis inciensos en tu honor rebajen,
Que a ti la gloria sólo se encamina
Del loor dado a tu perfecta imagen.

VII.

A LA ENTRADA DEL REY, NUESTRO SEÑOR,
EN MADRID, DESPUES DE PACIFICAR LA CATALUÑA.

Al descubrir la Náyade divina
Que en fresca gruta alberga Manzanares,
La anhelada carroza en que camina
Fernando excelso hácia sus regios lares,
Al pecho dió la lira cristalina
Que es sonoro preludio a sus cantares,
Y del labio, bañado en fiel contento,
Estas palabras encomienda al viento:
«Nuevo laurel hoy vuestra sien circunda,
Señor, y en nuevos rayos resplandece;
Nuevo placer también al pueblo inunda,
Y en vigor nuevo la obediencia crece.
Si en tramas viles la discordia abunda,
Palmas en ello a tu virtud ofrece;
Y al monstruo hasta en el fondo del Cocito
Perseguirá de nuestro aplauso el grito.
»Viva el que con un eco de su boca,
Viva el que con un rayo de sus ojos
Hizo volar a la discordia loca
De los campos que vuelve en sangre rojos;
Y a su fuga, las gentes, que provoca
A ser de su furor tristes despojos,
Cayéndoles las armas de las manos,
Corrieron a abrazarse como hermanos.

»¡Qué no se esperará de ese prestigio
Que supo unir pasiones tan rivales,
Hasta llevar a cabo el gran prodigio
De extinguir para siempre odios fatales?
Y que al bajar la furia al lago estigio
Diga entre sus ministros infernales:
«Perd el sudor de afanes tan prolijos;
»De Fernando a los pies todos son hijos.»

»Cual Bóreas fué tu aliento soberano,
Contra nubes que abrigan en su seno
Rayos que rugen con rumor lejano,
Antes que al mundo los fulmine el trueno;
Y llega, y las disipa al aire vano,
Y deja el cielo azul y el mar sereno;
Volviendo el estio prado en sus colores
A ser alfombra a ovejas y pastores.

»La paz, por tus bondades redimida
De los sangrientos brazos de la guerra,
Verterá de su falda agradecida
Sus ricos frutos en la hispana tierra;
Y al contemplarla todos tan florida,
Y que el antiguo afán de si destierra,
Esta es, dirán, la mano de un rey justo;
Este es el siglo de Fernando agosto.

»Vano será que contra ti la envidia
Cien lenguas mueva, y la calumnia ciento,
Si es tu virtud broquel a su perfidia,
Y el amor de los pueblos tu cimiento;
Con armas tales venturoso lidia
Tu nombre amado en el iberio asiento;
Pues que, Fernando y español nacido,
Son dos títulos más de ser querido.

»Ni fuera tardo el genio en elevarte
Estatuas en que vivan tus facciones,
A ser los bronceos dóciles al arte,
Como a ti los rebeldes corazones;
Víctimas que robaste al fiero Marte,
Lágrimas que enjugaste con tus dones,
Alas serán que lleven tu memoria
De lengua en lengua a la futura historia.

»¡Oh, nunca el hado en tu dominio rompa
El hilo de las horas venturosas,
Ni vuelvan a escuchar guerrera trompa,
Robada la color, madres y esposas!
Sino crezca y se eleve con la pompa
Del ave que sus vistas vigorosas
En la lumbre del sol audaz recrea,
Y entre las tempestades se pasea.

»Pero en tanto, señor, que vuestro cido
De las Musas el canto no rehusa,
Será su gloria haberos divertido,
Y a mi lira infeliz benigna excusa;
Y más si ven que en algo han obtenido
Una sonrisa de la augusta Musa,
En cuya frente brilla, y acompaña
La diadema de Apolo a la de España.»
Llegaba aquí, cuando el cañon sonoro
Saludaba al Monarca alegremente;
Añadiendo el clarín marcial decoro
Al gozoso clamor de inmensa gente.
Entonces ella, respondiendo en coro
Cuántas Náyades pueblan su corriente,
Cantó del Rey las peregrinas huellas,
Y la paz que esparció flores en ellas.

HIMNO DE LA MUSA.

CORO.

Lleve el canto victorioso
A los astros la alta acción
Del Monarca generoso
Que venció con el perdón.

¡Cuánta sangre y llanto enjuto!
¡Cuánta vida libertada!
¡Cuánta madre consolada!
¡Cuánto mal trocado en bien!
¡Qué laurel, oliva ó palma
De pacífica victoria
Bastará, divina gloria,
De Fernando a la alta sien!

Sordo al llanto de su esposa
Descendió del regio trono,
Por domar el ciego encono
Del anárquico interés.
Llega al pueblo de Barcino,
De justicia sólo armado,
Y creyendo hallarle alzado,
Se le vió puesto a sus pies.

A sus plantas cae rasgado
Del error el negro velo;
A su vista arroja al suelo
Su tizon la falsedad.
Y su frente soberana
Hace ver a Cataluña
Que el Rey solo el cetro empuña
Con suprema libertad.

En tan gran borrasca es Iris;
Premia al justo, al fiero humilla;
Y del Ebro por la orilla
Sigue en carro volador;
Por las aguas reflejando,
Rica en galas, su victoria;
Que es penacho de la gloria
La piedad del vencedor.

¡Oh, qué alegres ya le aguardan
Las ciudades populosas,
Que en sus márgenes umbrosas
Bello adorno al Ebro son!
A sus ojos sólo fian
Redoblar del carro el giro,
Y los brazos dan el tiro,
Y la fuerza el corazón.

Levantar se ve a Moncayo,
De su nieve ya desnuda,
La gran frente que ceñuda
Otro tiempo osó mostrar;
Se le ve guardando el rayo
Para audaces é invasores,
Y las palmas y las flores
A Fernando prodigar.

A su falda Zaragoza
Prueba en gozo su energía
Por el Rey que defendía
Cuando asombro al orbe dió;
Como el héroe al ocio vuelto
Muestra en días más felices
Las antiguas cicatrices
Que en su frente honor grabó.

Mas ¡con qué sorpresa grata
Mira el Rey que Ebro divino
Tiende un brazo cristalino,
Y una airosa barca en él,
Y a Navarra le desliza
Entre remos voladores,
De arboledas y de flores
Por un mágico vergel!

Ya brillante en su alborozo
Manifiesta bien Pamplona
De Fernando en la corona
Piedra ser de suma ley.
El cañon suena en sus muros
Con marciales regocijos,
Y en las bocas de sus hijos
El clamor de ¡viva el Rey!

Óyelo en lejanos ecos
La cantábrica comarca,
A la par que del monarca
Ve llegar la majestad;
Y en aquel solar fragoso
No hay terron que no confirme
Que allí siempre se hace firme
La española lealtad.

Su presencia es como aurora;
Pasa breve, apenas brilla,
Pues los campos de Castilla
Rien ya bajo sus pies;
Y le ofrece el castellano
Más servicios de su celo,
Que hay de espigas en su suelo
Y de granos en su miés.

Y aldeanos y pastores

Le proclaman inflamados,
Con los rostros abrasados
Al continuo ardor del sol;
Y en espigas y vellones
Le señalan, placenteros,
Los tesoros verdaderos
Para un príncipe español.

Bien lo dicen tantos ríos
Que á sus piés sus urnas mecen,
Y esperar sólo parecen
De su cetro la señal,
A llevar por mil canales
De sus frutos el tesoro,
Y que el mar les vuelva en oro
Su riqueza natural.

Mas ¿qué lira armoniosa
Dará aliento á la voz mía,
Con que exprese en este día
De Madrid el gran placer?
Lo que goza al veros juntos,
Gran Fernando y dulce Amalia,
Diga el númen de Castalia,
Si á esto alcanza su poder.

Él tan sólo en cuerdas de oro
Sabrá hallar felices sonos
Que de hispanos corazones
Puedan ser el eco fiel;
Renovando alegres himnos
Que á la tierra y cielo avisan
Cuando Juno y Jove pisan
El olímpico cancel.

Salve, ¡oh sacras majestades,
Que en union pura y sincera
Elevais la gente ibera
A la gloria y la virtud!
Nunca espere en nuestro seno
El placer de que hoy blasona,
Y la palma que os corona
Dure siempre en juventud.

Del furor de guerra impía
Tú, Fernando, la alcanzaste,
Y piadoso la estimaste
En más precio que el laurel.
Perdonando al ya rendido,
De su error desengañado,
Vivo el brazo le has dejado,
Y te servirá con él.

Así el orbe ha conocido
Que en la anárquica tormenta
Gana más quien más aumenta
De sus pueblos el amor;
Y muy más aquel que el cielo
Destinó desde la cuna
A luchar con la fortuna
Y rendirla á su valor.

Y cuando otros, deslumbrados
De trofeos militares,
Dejan yermos los hogares,
De la caja al ronco són,
Y en legiones hacinando
De la edad la flor amable,
La hacen blanco miserabile
Del mortífero cañon;

Que al asalto la concitan
De ciudades incendiadas,
Relumbrando las espadas
Entre el fuego más voraz;
Tú, ejerciendo en tus vasallos
Tu benéfico deseo,
Haz, del mar al Finiceo,
El asilo de la paz.

Cesó, mas ántes que su cuerpo airoso
Entregase del agua á la frescura,

Viendo perderse el carro presuroso
De árboles, gente y polvo en la espesura,
Dijo, elevada en el aspecto hermoso
Que el regio brillo uniendo á la dulzura,
Se disputáran con rival anhelo,
Por flor la tierra, por estrella el cielo....

«¿Quién es aquella que entre nubes gira,
Como en el vago azul luna esplendente,
Que el lauro de Helicon ciñe en su frente
Y el brazo tiende á la argentada lira?
» Los ojos vuelve al cielo que la inspira,
Su luz negando á la terrena gente.
¡Ah! si le pide á su Fernando ausente,
Harto tiempo por él Madrid suspira.
» Mas si ya se halla en tu presencia bella,
Si á tu lado su vida está segura,
Y deja atrás tan victoriosa huella,
» Vuelve á nosotros ya la frente pura,
Y déjanos gozar, Amalia, en ella
De Fernando la gloria y tu ventura.»

VIII.

LA CAVILACION SOLITARIA (1).

De los bellos placeres el más puro,
De todos los consuelos el más grato,
No para el corazón perverso y duro,
Mas para el dulce y de inocente trato,
Eres tú, ¡oh soledad! En el Retiro
Ayer mis penas suspirando anduve,
Y nadie se burlaba del suspiro.
El azulado velo de zafiro
Se desplegaba en el sereno cielo;
Sólo la leve gasa de una nube
Transparentaba el azulado velo;
Majestiosamente el dios de Delo
Sus postrimeros rayos recogía;
Y aquel final tristísimo del día,
Los primeros anuncios de la noche,
El triunfo de las tímidas estrellas,
El confuso rumor del numeroso
Pueblo que desde léjos resonaba,
Todo á meditacion me convidaba.
¡Triste de aquel que á solas se desmaya
Cuando no ve á su lado al importuno,
Cuya melancolía no se expulsa
En andar repasando uno por uno
Los objetos queridos á su ideal
Así gozaba yo, cual se recrea
El fatigado ciervo, que seguro,
Veloz burlando á los tenaces perros,
Respira encima de los altos cerros
Con anhelante boca el aire puro.
Con paso incierto y pensamiento vago
A la márgen llegué del ancho lago
Que el céfiro halagaba con mollicie,
Sin rizar la serena superficie.
Al peso de mis graves pensamientos
Rendida mi cabeza,
Y el alma entre crüeles sentimientos
Colmada de tristeza,
El pecho recliné sobre el herrado
Balaustre que abortó la ardiente fragua
Para marcar la esclavitud del agua.
Allí, observando el cristalino espejo,
Vi de la luna el pálido reflejo,
Más luminosa al paso
Que se iba hundiendo el sol en el ocaso;
Que es la luna en su brillo intermitente
Símil de una belleza enamorada,
Que de día á los ojos de la gente
Se muestra pesarosa y desmayada,
Pero apénas cubriendo el sol la frente
Da lugar á la noche descada,
Sus gracias todas brillan al instante

(1) Este poema fué compuesto durante un paseo solitario del autor en los hermosos jardines de Madrid que tienen el nombre de *Buen Retiro*, y al márgen del magnífico estanque ó lago que se dilata en medio de ellos.

A los queridos ojos de su amante.
Así en aquellas horas difundía
Resplandor tan benigno y halagüeño,
Que las penas del alma adormecía,
Bañadas en balsámico beleño.
De la bóveda azul la láctea vía
Bajar al lago en mi embeleso miro,
Y por bajo del agua hacer su giro,
Y por bajo del agua los luceros
Al cielo dar brillantes reverberos,
Y por bajo del agua las estrellas
Trémulas repetir sus luces bellas.
Y así con tal viveza retratado,
El agua redoblaba el firmamento
Bajo mis piés, que me juzgué en el viento
Desde el suelo lanzado.
En el éter me vi. Creedme, ¡oh genios,
Que franquear sabeis la estrecha esfera
De los torpes sentidos!
Los que sabeis imaginar, creedme.
Nuestro misero globo, envuelto en niebla,
Se iba ya anonadando en el cotejo
De tanta masa colosal que puebla
La inmensidad. Extático me alejo
De la terrena atmósfera, dejando
Confundidos en ella los clamores
De la paciente humanidad, las vanas
Quejas del infeliz á quien natura
Dió sensibilidad y desventura,
El grito audaz del prepotente avaro,
Los llorosos vagidos
Que el naciente mortal tributa al mundo,
Los ayes del doliente moribundo,
El trueno de la guerra,
Que del bronce arrojado al cielo sube,
Y el que desde la nube
Pone bramando en turbacion la tierra.
Hondos bajo mis piés los aquilones
Vagaban sin aliento,
En tanto que con raudos movimiento
Iba mi cuerpo hendiendo la corriente
De la atraccion lunar: el refulgente
Disco del gran satélite crecía:
Yo leve caigo, y llevo en el momento
En que ya el sol le despertaba al día.
Un verde prado en su florida alfombra,
Un fresco arroyo á su sonante orilla,
Y árboles mil me hospedan á su sombra.
¡Cuánto fué mi deleite y maravilla
Al ver la luna, que aparece al mundo
Melancólica siempre y amarilla,
Toda cubierta de verdor fecundo,
Poblada toda de olorosas flores,
Acariciada de aircillos suaves
Y alérgue dulce de amorosas aves!
Como mi vista se perdió en el llano,
Sin encontrar ni surcos ni labores,
Ni chozas de pastores,
Ni huella alguna de trabajo humano,
Dije exclamando: «¡Al menos
Si estos valles amenos
Rebosan de verdura; si este prado
En tantos frutos ópimos abunda,
El rocío del alba le fecunda,
Y no el sudor de un pobre desgraciado!»
Un sentimiento entonces de ternura
Arrebató mis ojos á los cielos,
Y ¡oh Dios eterno! en su espaciosa anchura,
Por do girando van con raudos vuelos
Tantos orbes de luz, nunca mi mente
Llenó de admiracion cometa ardiente,
O al necio vulgo infausto meteoros,
Como el aspecto nuevo
De un astro hermoso, á quien hiriendo Febo
Comunicaba el resplandor del oro.
Once veces su rueda de topacio
El lleno de la luna contendría,
Y relumbrando en el celeste espacio,
Al gran broquel de Marte parecía.
El soberbio fenómeno ignorado
Me suspendió un momento,
De admiracion y júbilo exaltado;

Mas no sé cómo luégo poco á poco,
Mientras lo estaba contemplando atento,
El corazón de pena se me cierra:
Me hallé infeliz y conocí la Tierra (1).
Sí; yo te conocí, triste planeta,
Destierro de los hombres, ¡oh morada
De duelo y turbacion, donde negada
Por siempre fué felicidad completa!
Te vi y temblé cual tímida paloma
Que pavorosa ve desde su nido
El fiero halcon, cuando en el aire asoma
Sobre las negras alas sostenido.
Tu presencia el consuelo me acibara
De verme libre y solo acá en la luna,
Y la distancia inmensa
Que de tí me separa
Tiemblo que en un momento se reuna.
Entre el negro vapor que se condensa
Al rededor de tí, veo volando
El ominoso bando
De horrendas Furias, del Error secuaces,
Cuyas miradas de furor voraces
Registran sin cesar mares y tierras
Y encienden sin piedad odios y guerras.
De allá te infunde, oh globo turbulento,
Su soplo abrasador la Ambicion fiera,
Que á tantos pueblos priva del contento
Cuando de un solo pecho se apodera.
La Calumnia de allí vierte la saña
Que á la virtud persigue sin amparo,
Y el solo aliento de su boca empañía
De una inocente vida el lustre claro.
Pálida, consumida y macilenta
La vil perseguidora de los sabios,
La Envidia, digo, allá se me presenta
Con los dientes mordiendo los labios.
Enmascarada allí la Hipocresía
Virtudes miente y de las leyes habla,
Para perder al naufrago en la tabla
Con que salvarle del Error fingía.
Allí los Celos, con puñal en mano,
Bañando en sangre los amantes pechos
Y privando de amor los castos lechos;
Y la Discordia, en fin, monstruo nefando,
Con los ojos clavados en el oro
Que el sórdido Interes la va enseñando,
Con ronca voz y látigo sonoro
Las negras Furias de su carro hostiga,
Y derramando muerte, incendio y robo
Al rededor del globo
Volando va la bárbara cuadriga.
Sangre y desolacion son los efectos
Que te produce ¡oh mundo! la alta gloria
De dar vida á los seres más perfectos;
La especie que con tanta vanagloria
Lleva en su frente escrito el privilegio
De origen celestial.—Con aire regio,
Mira, obsérvale allí cuál se pasea
Por aquel verde prado,
En hondos pensamientos abismado
El Hombre; miralé cuál señorea
Por la etérea region su frente altiva;
Parece que del cielo se deriva
La alta meditacion que le embelesa,
Y que el murmuréo de los aires cesa,
Y que el susurro de las aguas calma,
Y el movimiento, que del orbe es alma,
Se queda en suspension, como esperando
El noble efecto del pensar profundo
Del monarca del mundo.
Como los ojos vuelve tan serenos,
Parece que benigna abre sus senos
Naturaleza, y da al humano imperio
De su fecundidad todo el misterio.
¡Qué creación tan nueva de placeres
Saldrá de su pensar! ¡De cuántos seres
Hará feliz y larga la existencia
Con su divina ciencia!....
Mas ¡oh prodigio! ¿dónde está? ¿qué es hecho?

(1) Aquí el autor se supone contemplando la tierra desde la luna, á donde habia llegado fantásticamente.

Rápida exhalacion que brilla y huye
Despareció. ¿Dónde hallarán los ojos
Al ente pensador!—Sigue esos rojos
Rastros de sangre, esas horribles huellas
Que su fuga selló: mira por ellas
Centellar los reflejos
De un fuego abrasador: oye á lo léjos
Cuál atrueca el recinto
Triste rumor, ya sordo, ya distinto,
Ecos de asolacion, voces de ira,
Clamores del que yace y del que espira.
Veloz cual ciervo y más feroz que tigre,
Esa senda se abrió; la dulce calma
De su semblante era anhelar la palma
De destructor; el éxtasis sublime
De su razon la humanidad lo gime.
Mordió su corazon la ambicion fiera,
Mira á uno y otro lado, en la carrera
Por do volaba insano
En busca del laurel más inhumano,
De la aniquilacion anticipada
La ley comun, y al filo de la espada
Con prematura suerte
Extendido el imperio de la muerte.
Tiemblan, vacilan, caen por todas partes
Los altos monumentos de las artes,
Y él los pisa feroz: de cada paso
Nace un nuevo fracaso,
Y de cada mirada un paricidio:
El terror y el pavor héroe le aclaman,
Y la orfandad y la viudez le infaman.
Si éste es el hombre cuando en fin grandioso
Fama inmortal de vencedor pretende,
Cuando hace de su vida el generoso
Sacrificio, los riesgos afrontando
Con que natura su igualdad defiende,
¿Qué cuando á sangre fria vil tirano
Escala el sólio, y de la régia mano
El freno de las leyes arrebató!
¿Qué si con duro pié pisa y maltrata
El cuello de las gentes que esclaviza!
¿Qué si se ensalza! ¿qué si se entroniza!
¡Oh Tierra! Mientras corro ahogado en pena
Un velo de dolor sobre esta escena,
Dime: ¿y éste es el hombre, el ente bueno
Que predilecto abrigas en tu seno?
Por éste, en primavera, tan hermosa,
Tan florida te ostentas!
Por éste en el verano armoniosa,
De tantas aves el amor fomentas?
En otoño, por éste te despojas
De dulces frutos y de alegres hojas?
Y por él, en invierno, al silbo horrendo
Del lóbrego aquilon te vas cubriendo
De escarcha y nieve, y el llover te inunda
Para serle despues madre fecunda?
Pero ¿cuándo no ve el fatal destino
A la beneficencia haciendo ingratos!
De tu atmósfera el aire cristalino,
Tus inmensas llanuras, tus frondosas
Selvas, que esquivan los humanos tratos,
Y hasta el profundo seno de tus mares
Desde que el sol en círculo diurno
Los ilumina todos á su turno;
Todos de criaturas á millares
Poblados viven; todos son testigos
De su fraternidad, su paz amable,
Y del plácido amor dulces abrigos.
Solo la especie humana miserable
Fomenta sin cesar falsos amigos,
Usurpadores, viles egoístas,
Y cuantos hombres, tantos enemigos.
¿Quién, pues, conocerá sin que se asombre
Por justo rey del universo al hombre?
Que si de un Dios la racional centella
Sobre los otros seres le hace digno,
Él la tuerce, la ofusca, abusa de ella,
Y sobre todos es siempre maligno.
Huye, pues, húndete, piérdete luégo
En el seno profundo
Del espacio sin fin; piérdete, ¡oh mundo!
Abrumado de crímenes: la inmensa

Distancia oponga una muralla densa
Entre tu globo y mi vivir cansado:
Harto tiempo mis ojos han regado
Con lágrimas tu suelo,
Sin que jamas pudiese por consuelo
Llamar mio un terron tan solo en cuanto
Bañaba pobremente con mi llanto.
Huye, pues, ó si no, la ley potente
Que al luminar del día te encadena
Y en torno de él tu movimiento ordena,
Desfallecerse sientas, obediente
Cedas á su atraccion, y derrocada
Caigas en el volcánico torrente
De su masa inflamada.
Tal vez el sol, el noble sol acaso,
Que contempló en oriente tus maldades
Por tan largas edades;
Tal vez el sol, que las lloró en ocaso,
No brillará más inocente y terso
Si en tus cenizas venga al universo.
Mi enérgico dolor á la terrestre
Esfera en tales voces se exhalaba,
Y de la luna aquel lugar silvestre
En silencio parece me escuchaba
Con religioso espanto:
Tal vez aquellos solitarios huecos
A sus felices ecos
Jamás oyeron revocando llanto.
Entonces ya mi ardiente fantasía
De una ilusion en otra andaba errante:
Pensaba ver que á la plegaria mia
Se iba envolviendo en un vapor oscuro
La imágen de la Tierra, ántes brillante;
Y que en la inmensidad del éter puro,
Como en profundo vértigo abismado,
Iban á aniquilarse confundidos
Tierras, mares, repúblicas, imperios,
Pirámides excelsas amasadas
En llanto, en sangre y en sudor de esclavos;
Páramos lastimosos de indigencia
Al rededor de un punto de opulencia;
Y todos los padrones insolentes
De la desigualdad de los vivientes,
Ya el soberbio conjunto
Del ámbito del orbe
Era á mi vista un punto
Que el infinito del espacio absorbe.
Contemplábalo yo; mas no insensible,
Que de la humanidad el triste grito
En medio á la catástrofe terrible
Hendiendo el aire á mis oídos llega,
Y crueldad jamas fué mi delito.
La tierna voz de la amistad que ruega,
Y en vano ruega, resonó en mi pecho,
A cuyo amparo el corazon deshecho
Volar ansiaba; ¡ay desgraciado intento!
Que entonces mismo ¡oh blando amor! tu acento
De imperiosa dulzura,
Aquel á quien no hay sér, no criatura
Que desconozca, y, de deleite llena,
Tu ley no siga y tu poder no adore;
Tu voz, Amor, saliéndome lastimosa
De aquella boca hermosa,
Órgano de placeres,
Que un tiempo se glorió llamarse mia,
Y por quien algun día
Yo me juzgué el primero de los seres,
Porque ella me juró que me queria;
La voz de Silvia, débil y doliente,
La voz de Silvia ¡ay Dios! sonó en mi mente,
Y al punto el gran dolor con mano acerba
El corazon me asalta y me comprime,
Me parte el alma y el valor me enerva,
Que por volar en pos de Silvia gime.
Cual suele el sueño, atribulando el lecho
De algun mortal, fingirle estar delante
De un enorme leon, que centellante
La corva garra le presenta al pecho,
Que ni á gemir ni á guarecerse acierta,
Abrumado del peso y la congoja,
Y al fin del lecho el infeliz se arroja,
Y entre sudor y convulsion despierta.

Tal me vi yo cuando la angustia extrema,
La conmocion de amor súbitamente
Disipó los errores de mi mente;
Y la primera luz que en tal momento
De la razon la antorcha luminosa
Prestó á mi corazon, fué el pensamiento
De que por más que injusta y rigurosa
Persiga la desgracia á los mortales,
«La amistad y el amor son dos consuelos
Que nos dispensa en medio de los males
La benigna influencia de los cielos.»
Mas ¡ay! que viendo luégo cuán avara
De mi mejor amigo,
De mi dulce Mauricio me separa
La valla de los altos Pirineos,
Y de perfidia armada la belleza;
Sin esperanza y casi sin deseos,
Me quedé abandonado á la tristeza.

IX.

LA COMPASION.

CANTO FÚNEBRE, Á LA MUERTE DEL DUQUE
DE ALBA, EN 1799.

Triste llanto de amor, que las mejillas
De amantes olvidados humedeces,
Y cuando en sus turbados ojos brillas,
Los elocuentes labios enmudeces,
Tú, que del corazon las más sencillas
Penas pintar supiste tantas veces,
La presente afliccion que me devora,
Triste llanto de amor publica y llora.
Lágrimas derramadas algun día
Sobre la flor de mis perdidos años,
Cuando inocente yo se la ofrecia
A quien me dió tan duros desengaños;
Voces de mi exaltada fantasía,
¿Siempre de amor proclamaréis los daños?
¿No sabréis olvidar su infausta llama,
Cuando de Albano el túmulo os reclama?
¿Siempre de la amistad los firmes lazos
Romperé, como débiles cabellos,
Para arrojarme ciego entre los brazos
De quien sólo procura ahogarme en ellos!
Caiga el yugo de amor hecho pedazos,
Que oprime tantos miserables cuellos,
Y sepa el corazon un tiempo amante
Palpitir de amistad en adelante.
Pero, dulce amistad, único amparo
Del infeliz que en la miseria gime,
Olvidado de todos, siendo raro
El que tu voz atiende y le redime,
¿Nunca pisaré yo tu templo claro,
Jamás he de besar tus aras, dime,
Sino cubierto el corazon de luto,
Para darte de llanto algun tributo?
Mientras unos con suplicas votivas
Imploran tus benéficos enlaces,
O gratos en tu altar cubren de olivas
El manantial de sus eternas paces,
¿Yo sólo del amigo que me privas,
Yo sólo de los nudos que deshaces,
Del desgraciado injustamente Albano
Me quejaré? pero ¡infeliz! en vano.
Mas ¡ay! no fuiste tú; la Parca fiera
Le decretó sus bárbaros castigos,
Que la tierna amistad jamas pudiera
Perseguir al mejor de los amigos;
La muerte fué, que de su ley severa
Vió, con furor, librarse mil mendigos,
Próximos á morir en la indigencia,
Si no les diera Albano su asistencia.
Dime, Parca cruel, ¿cuando cebaste
La torva vista en la region de España,
Y sedienta de sangre rodeaste
La seca mano á la fatal guadaña,
Un soberbio siquiera no encontraste,
Un vil adulador que el mundo engaña,
Un ingrato, un avaro, un homicida,
Y no robarnos tan amable vida?

Mas como sólo tienes por destino
El desolar este mortal destierro,
Cuántas flores adornan el camino
Segando vas con el lunado hierro;
Y cuando ves algun clavel divino,
Alguna rosa que el materno encierro
Rompe sobre las otras olorosa,
Adios clavel, adios fragante rosa.
Así yo me quejaba en mi retiro,
Absorto en la tristeza más profunda,
Como si oyera el último suspiro
De la naturaleza moribunda;
Cuando improvisamente el cuarto miro
Que de su extraordinaria luz se inunda,
Y, sin ver de cuál arte, hallé las puertas
Con sobrenatural impulso abiertas.
Tales prodigios vi; pasmado de ellos,
Los ojos levanté llenos de espanto,
Cuando fijando en mí los suyos bellos,
Que ni los astros mismos brillan tanto,
Sueltos con negligencia los cabellos
Por su garganta, y sumergida en llanto,
Se presentó, con parecer de diosa,
Una mujer tan triste como hermosa.
Lánguida majestad, belleza grave
Une en su rostro y femeníl dulzura,
Y un no sé qué de altivo, que no sabe
Abatirlo la misma desventura;
Tal como la azucena, ántes que acabe
De marchitar el tiempo su blancura,
De palidez se cubre, así es aquella
Prodigiosa mujer, pálida y bella.
Como un lucero, precursor del día,
Se acercaba hácia mí con paso lento;
Siempre nobleza y gracia descubria
En su desfallecido movimiento;
Cuando llegó á la humilde alcoba mia
Se arrojó, suspirando, en un asiento,
Dejó tender los brazos en la falda,
Y acostó su cabeza hácia la espalda.
Puestos los tristes ojos en el cielo,
De su belleza natural retrato,
Como abismada en el amargo duelo,
Inmóvil se mantuvo largo rato;
Miraba yo entre tanto el negro velo,
De su cuerpo gentil único ornato,
Que sus miembros de nieve á trechos cubre,
Y á trechos con modestia los descubre.
Incorrupto laurel ciñe su frente,
Envuelto á los cabellos crespos de oro,
Y coturros dorados juntamente
Ciñen sus piés con trágico decoro;
En la derecha mano el peso siente
Del instrumento de marfil sonoro,
Con que supo inclinar á su deseo
Al infernal Pluton el dulce Orfeo.
En actitud tan bella suspendida,
Se mostraba á mis ojos semejante
A la estatua á quien Júpiter dió vida
Por complacer al escultor amante;
La compasion con el respeto unida
Embargaban mi accion, qué vacilante,
Por mujer ó por diosa, no sabía
Si consolarla ó venerar debía.
Venció, por fin, al pasmo la ternura,
Que es de mi pecho antigua vencedora;
¡Oh, cuánto es infeliz la criatura
Cuando el poder de la piedad ignora!
El que no siente ajena desventura,
Y al ver en otros lágrimas no llora,
La sensación más dulce no percibe
Que una alma generosa en sí recibe.
Llegué á sus piés turbado y temeroso;
La diosa, al adorar sus plantas bellas,
Sintió con la impresion del labio ansioso,
El calor de mis lágrimas en ellas;
Y volviendo del pasmo doloroso,
Dirigió las benéficas centellas
De sus ojos á mí con tanta gracia,
Que para hablarla así, prestóme audacia:
«Mujer, en cuyo rostro soberano
Aun el dolor amable comparece;

Angel del bello córo que cercano
Al supremo Hacedor incienso ofrece;
¡Qué quieres, di? ¡Cuando al furor insano
De sus gentes el mundo ya parece,
Vas á regar con llanto infructuoso
El monton de sus ruinas lastimoso?
» Di, ¡qué maligna causa tan activa
Del infierno salió, que fué bastante
A turbar de la paz la imagen viva
En la serenidad de tu semblante?
¡Quién del sosiego celestial te priva,
Y te conduce trémula y errante,
Cuando ves de los hombres la arrogancia,
Del más perverso de ellos á la estancia?
» Si el ver que el universo se extermina,
Y que desatendiendo los clamores,
Se desploma la cólera divina
Sobre sus corrompidos moradores,
Es la fatal y penetrante espina
Ocasión de tan íntimos dolores,
De su desolacion la causa mira,
Y volverás tu compasion en ira.
» Pero por esos ojos, que á este suelo
Dan la fertilidad, y que serenan
Las soberbias borrascas en el cielo
Cuando los vientos encontrados truenan,
Rasga á tu corazón el negro velo,
Y las desgracias que de horror le llenan,
Hoy manifiestas á mis ojos queden,
Si tal vista sufrir los míos pueden.»
La diosa, al paso que mi voz atiende,
Serenarse su rostro parecía;
Dulce color de rosa en él se enciende,
Como en Oriente al despuntar el día;
Al fin la generosa mano tiende
Para enlazar la vacilante mia,
Y con un triste y natural agrado
Me alzó del suelo y me sentó á su lado.
Tres veces, suspirando, sus pupilas
Copias de su dolor fueron tan fieles,
Que en los mismos Nerones y los Silas
Aplacáran los ánimos crüeles.
Luego se me fijaron más tranquilas
Al rasgar de su boca los claveles,
Que con pausado y débil movimiento
Así exhalaban el divino aliento.
«¡Oh tierra! ¡oh mar! ¡oh globo miserable!
En el error y la ignominia envuelto;
Llegó el fatal momento irrevocable
En que tu triste fin quedó resuelto;
Harto tiempo la diestra formidable,
Por verte de tus torpes vicios vuelto,
Mantuvo en alto la brillante espada,
Siempre suspensa y siempre provocada.
» Mortal, que por lo pobre y desvalido
Sin duda eres sensible al mal ajeno,
¿Cómo me desconoces, cuando he sido
Hospedada mil veces en tu seno?
Yo, cual te lo demuestra mi vestido,
Y mi semblante de dolor tan lleno,
Un tiempo Melpomene fui llamada,
Ya soy la Compasion, aunque olvidada.
» Fué lamentar los males de la tierra
Y convidar al llanto mi ejercicio,
La paz amancillada por la guerra,
Y la virtud que huyendo va del vicio;
No ya que de los hombres me destierra
La soberbia, la envidia, el artificio;
Pues en vez de apiadarse los malvados,
Sólo viven haciendo desdichados.
» Prófuga, desvalida y sin consuelo
Iba ya á abandonar la gente ingrata,
Cuando el benigno movedor del cielo,
Que ofrece el bien, y siempre el mal dilata,
Mostróme un corazón lleno de celo,
Por los que el hado rígido maltrata,
Tierno, sensible, afable, generoso,
Y grande, al fin, porque era virtuoso.
» Si el triste marinero, á quien oprime
Soberbia tempestad, cuando más fiera
Brama la mar, el viento silba y gime
El encorvado mástil en que espera;

Quando ya no hay remedio que le anime,
A la luz de un relámpago se viera
Surto dentro del puerto en salvamento,
No igualára su gusto á mi contento.
» A mi vivo contento, que olvidando
De los ingratos hombres el ultraje,
Al corazón de Albano fui volando,
Que siempre ser debiera mi hospedaje.
Así al rumor del venatorio bando
Desplega la paloma su plumaje,
Y huyendo por las auras vagarosa,
En medio de sus hijos se reposa.
» Entonces respiré y enjugué el llanto,
Al ocupar la producción más bella
Que animó el Criador desde que el manto
Del cielo matizó con tanta estrella.
Allí quiso fijar el templo santo
De la virtud para mirarse en ella;
Y en el piadoso altar fijo en su centro
Es donde yo mi paz perdida encuentro.
» ¡Oh, con cuánto placer en aquel pecho
Los momentáneos años se pasaban,
Exhalando suspiros en provecho
De los que en su presencia suspiraban!
La humanidad cobraba aquel derecho
Que el poder y el orgullo le usurpaban,
Siendo el único título de Albano,
El de amigo leal y ciudadano.
» Mas ¡ay de mí! que tan feliz reposo
Cedió á la ley de la inconstancia humana.
Aunque de Albano el corazón piadoso
Me resguardaba á su codicia insana,
Buscábame con ojo rencoroso
Mi rival fiera, la Impiedad tirana,
Y de la Gratitude siguiendo el hilo,
Halló, por fin, mi solitario asilo.
» Tiránico placer, funesto gusto
Por su espantoso ceño se derrama;
Maligna risa mueve el labio adusto,
Sonando al modo del leon que brama.
No mira el ruiseñor con tanto susto
Tortuosa subir de rama en rama
Sierpe que devorarle el nido intenta,
Cual yo miraba á mi rival sangrienta.
» Yo te vi, soledoso albergue mio,
Destrozado te vi, como destroza
Con rápida creciente el raudal río
De algun pastor la solitaria choza.
Yo con suspiros quise al cuerpo frío
Infundir el aliento que no goza,
Sin reparar, cuitada, en el intento,
Que yo también estaba sin aliento.
» Como la flor que adorna el palpitante
Seno de una doncella delicada,
Preñada por la mano del amante,
Y por el labio de ella acariciada;
Que si la ve la madre vigilante,
Con celoso furor y mano airada
La arrebatada, la pisa, la deshoja,
Y ella con vivas lágrimas la moja;
» No de otra suerte el jóven malogrado,
Mientras suele fortuna más propicia
En el seno de España colocado,
El era su consuelo y su delicia;
Hasta que la Impiedad con ceño airado,
Ansiosa de que triunfe la Malicia,
En el sepulcro, exánime, le arroja,
Y España con sus lágrimas le moja.
» ¡Albano, Albano! á ti te dió la suerte
Un dón bien infeliz en la ternura,
Cuyo brillo á los ojos de la muerte
Te distinguió de la progenie impura;
Y como debe herir tu pecho fuerte
El que ofender á la virtud procura,
Tu vida, á los mortales tan preciosa,
Victima fué de la tremenda diosa.
» Acaso al desplegar las pavorosas
Insignias del planeta furibundo,
Para no ver escenas lastimosas
Debiste, Albano, abandonar el mundo,
O para no escuchar las dolorosas
Querellas del vencido moribundo,

Juntas del vencedor al alarido,
Que va á morir despues sobre el vencido.
» Ni fuera tuyo ver campos desiertos,
Sangrientas y dobladas las espigas
Con el peso de tantos hombres muertos,
Y caballos que parten sus fatigas;
Ancianos y mujeres ir inciertos
Huyendo de las huestes enemigas,
Y de un solo soldado al movimiento
Perecer mutilados más de ciento.
» No pudiera sufrir tu noble pecho
Tal vista, tal furor, tales horrores;
Pero si descendier al pobre techo
De los necesitados labradores,
Donde tal vez en el angosto lecho
Padece de la fiebre los ardores,
Padre infeliz de su familia en medio,
Que sólo con llorar le da el remedio.
» Parece fuesen tuyas las desgracias,
Segun la conmoción, la pena interna,
Segun las generosas eficacias
Con que le remedias, ¡alma tierna!
El enjambre de hijuelos te da gracias,
Y más que todos grata se prosterna
La madre, cuando al párvulo inocente
Presenta el pecho cándido y turgente.
» Entonces te vió el sol en el ocaso
Saliendo de la mísera cabaña,
A cuya baja puerta enfermo y laso
Aun el pálido padre te acompaña;
Tus rodillas abraza en cada paso,
Y con su llanto cada cual las baña;
Y se quedan mirándote perplejos,
Hasta que al fin te pierden á lo lejos.
» Con todo, ni sus votos inocentes,
Ni de tantas virtudes el encanto
Permitieron los hados inclementes
Que pudieran llegar al cielo santo.
Salió la robadora de las gentes
Contra la dulce causa de mi llanto,
Y quedó, con tormento tan profundo,
Viuda la Compasion, huérfano el mundo.
» Para el sectario vil del Egoísmo,
Que oye gemir, y no conturba el ceño,
Se perderá tu nombre en el abismo,
Tu memoria será cual sombra ó sueño;
Mas para el que, olvidado de sí mismo,
Respetar la desgracia, y halagüeño
Se llega, y la remedia por su mano,
No morirás, no morirás, Albano.
» De éstos apreciarás el justo lloro,
No el ódio de los ánimos feroces,
A quienes Ambicion con lengua de oro
Persuade tantos crímenes atroces,
A quienes amistad, honor, decoro,
Viejas costumbres son, bárbaras voces,
Virtud el ocio, la mentira oficio,
Móvil el interés, ídolo el vicio.
» Todo lo roba el tiempo y desaparece
Al revolver de la voluble rueda;
Y de cuanto á los hombres enyanece,
Saber, fausto, hermosura, nada queda.
La voz de la lisonja se enmudece
Cuando la vida al malhechor se veda;
Mas si muere el benéfico inocente,
La voz de la verdad es elocuente.
» Ella y la gratitud tu nombre eterno
Harán sonar, Albano, entre suspiros,
Mientras nos den su luz el sol superno
Y baja luna con alternos giros;
Sepultada la Envidia en el averno,
Llorará la impotencia de sus tiros;
Y en la losa, benéfico tu nombre,
Hará llorar, no horrorizarse al hombre.
» Adios, que ya en el aire se columbra
La rival que á mi daño se abalanza,
Y ya su mismo fuego me deslumbra,
Y ya me rasga el manto con la lanza.
¡Quién me dará el escudo que acostumbra
A rechazar su bárbara pujanza?
¡Faltó en Albano mi mejor encanto!
¡Quién escuchará ya la voz del llanto!

Diciendo así, su pálida figura
Con su voz en el aire se perdía;
Volvió á quedarse la mansion oscura,
El corazón medroso me latía.
Yo dudé si era sueño ó si locura;
Pero al amanecer del nuevo día,
Vi que todos los tiernos corazones
Lloraban la verdad de estas visiones.

X.
LA FUNCION DE VACAS.

Grande alboroto, mucha confusion,
Voces de vaya y venga el boletín,
Gran prisa por sentarse en un tablon,
Mucho soldado sobre su rocín:
Ya se empieza el magnífico pregon,
Ya hace señal Simon con el clarín,
El pregonero grita: «Manda el Rey»;
Todo para anunciar que sale un buey.
Luego el toro feroz sale corriendo;
(Pienso que más de miedo que de ira):
Todo el mundo al mirarle tan tremendo,
Ligero hácia las vallas se retira:
Párase en medio el buey; y yo comprendo
Del ceño con que á todas partes mira,
Que iba diciendo en sí el animal manso:
«Por fin, aquí me matan, y descanso.»
Sale luego á echar plantas á la plaza
Un jaque presumido de ligero;
Zafio, torpe, soez, y con más traza
De mozo de cordel que de torero:
Vase acercando al toro con cachaza;
Mas no bien llega á ver que el bruto fiero
Parte tras él, furioso como un diablo,
Vuelve la espalda y dice: «Guarda, Pablo.»
Síguese á tan gloriosa maravilla
Un general aplauso de la gente:
Uno le grita: «Corre, que te pillan!»
Otro le dice: «Bárbaro, detente.»
Y al escuchar lo que el concurso chillaba,
Iba diciendo el corredor valiente:
«¡Para qué os quiero, piés? dadme socorro;
¿No es corrida de bestias? pues yo corro.»
A las primeras vueltas ya se halla
El toro solo en medio de la arena;
Por no saber qué hacerse, va á la valla,
A ver si en algun tonto el cuerno estrena;
Mas desde allí la tímida canalla,
Que estando en salvo de valor se llena,
Al pobre buey le ablandan el cogote,
Unos con pincho, y otros con garrote.
En esto, con su capa colorada
Sale á la plaza un malcarado pillo,
Puesto en jarras, la vista atravesada,
Y escupiendo al traves por el colmillo,
Dice con una voz agacharada:
«Echen, échenme acá el animalillo!»
Mas viene el buey; él piensa que le atrapa;
Quiere echarle la capa, pero escapa.
Hecha al fin la señal de retirada,
Que en otras partes suele ser de entierro,
Pues muere el animal de una estocada
Ó á las furiosas presas de algun perro,
Sale el manso y pastor de la vacada,
Y al reclamo del áspero cencerro,
La plaza al punto el buey desembaraza,
Quedando otros más bueyes en la plaza.

XI.
CRISTINA EN EL ADVENIMIENTO AL TRONO.
(1829.)

No una vez sola, iluminando el cielo,
Ráfagas de carmin vierte la aurora;
Que cuantas linda en el nocturno velo,
Tantas la rasga, alegre, vencedora:
Así la Iberia, no una vez consuelo,
Sino mil haya en el afán que llora,
Y siempre un astro de feliz ventura
Sale á reirle en su mayor tristura,